

# **Buscando piso.**

## **Efectos de la urbanización neoliberal en el Valle de México**

Presentación de Jerónimo Díaz para el seminario  
*El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista*

Antes de venir a este seminario, algunos compañeros me hicieron burla con la canción “Los intelectuales” de Rodrigo González. Tengo que advertirles que aunque a veces sí me quedo medio absorto, no soy un productor de teorías. Lo mío es hacer mapas y contribuir por cualquier otro medio a un proyecto de comunicación que se llama Agencia SubVersiones, en el cual confluiamos jóvenes precarios, casi todos oriundos de la capital. La mayoría de nosotras, hay que admitirlo, hemos transitado por las universidades, pero también hemos experimentado frustraciones ligadas a la inercia académica, a la mediocridad de su pedagogía, a la ausencia de democracia, incluso a la corrupción dentro de las instituciones oficiales del saber.

Es por eso que la invitación del EZLN a sacar las ideas de las aulas nos parece tan valiosa y agradecemos la oportunidad que se nos brinda para participar con la ponencia titulada “Buscando piso”. No me malinterpreten: no vine hasta acá para buscar un lugar donde vivir, aunque las rentas han subido tanto en el DF que uno ya no halla ni cómo hacerle. Me refiero a los millones de dólares que —por carecer de sustento real desde que Nixon deslindó al dólar del patrón oro— requieren materializarse urgentemente, ser invertidos en infraestructura, vivienda, industria, plantaciones, lo que sea. En particular, voy a hablar de los efectos de la urbanización sobre el Valle de México, y retomaré de algún modo lo que se planteaba el domingo en cuanto al papel del territorio como nuevo factor de producción en la fase neoliberal del capitalismo.

Para nosotros, el territorio es la huella de los pueblos, la historia hecha geografía, y no podemos entrarle al tema sin antes conocer la geografía del mal llamado Valle de México, que los Aztecas llamaban Anahuac. La capital se ubica en una cuenca endorreica, es decir que los flujos de agua, al no tener salida al mar, se acumulan en la zona más baja de la cuenca, formando en este caso el Lago de Texcoco. Como ustedes saben, los Aztecas no fueron los primeros en habitar el Anahuac pero sí los que más intervinieron el medio natural. Desde el siglo XIV un acueducto traía el vital líquido desde Chapultepec. Tal vez por eso el cerro del chapulín, así como el de Tepeyac, aún son considerados lugares sagrados: por que dan agua y vida a una urbe que en ese entonces ya contaba con 300 mil habitantes. Con la construcción del dique de Nezahualcóyotl, los Aztecas lograron contener las aguas saladas en lo profundo del Lago de Texcoco y así desarrollar la agricultura en el islote de Tenochtitlán, aunque era en Xochimilco donde se producían mayores cantidades de maíz y amaranto. A la fecha, los pueblos del sur manejan uno de los sistemas agrícolas más sofisticados: las chinampas.

Lo que quiero destacar en este punto es que los invasores españoles retomaron la estructura política de los Mexicas para controlar el territorio. Según Charles Gibson, los pueblos que dominaban la región durante el periodo prehispánico —tales como Tenango, Tlalmanalco, Chimalhuacac, Coyoacán, Acolman, Tizayuca, Zumpango, Tecámac, Tlanepantla o Azcapotzalco— se mantuvieron como cabeceras municipales durante el periodo colonial, y muchos de ellos lo siguen siendo hasta la fecha. Es importante reconocer esta continuidad histórica puesto que, como veremos, la urbanización no se realiza al azar sino que avanza sobre estos antiguos centros de población y poder.

No quisiera alargarme sobre el proceso de desecación, pero hay que aclarar este punto ya que para muchos resulta imposible pensar que nuestra ciudad fue un gran lago. Si bien los colonos retomaron mucha de la infraestructura mexicana, como las calzadas y el acueducto, para ellos el medio lacustre representaba una amenaza, no una fuente de vida. En 1607 se cavó el Tajo de Nochistongo, con el cual se quiso evitar que los escurrimientos de la Marquesa llegaran a Zumpango, expulsando las aguas hacia la cuenca vecina del río Tula. Éste fue el primer trasvase realizado en México y podemos decir que los resultados fueron catastróficos: se registraron miles de muertes a causa del trabajo esclavo invertido en la obra y para colmo, 20 años después la ciudad conoció la peor inundación de su historia. A raíz de ésta, las autoridades novohispanas mandaron hacer el dique de San Cristóbal. Finalmente, a partir de la dictadura porfirista, se pasó de una lógica de contención a una lógica de expulsión de aguas por medio del Gran Canal, el cual deriva las aguas de Texcoco hacia el río Moctezuma. En este sentido se realizó en los años setenta el Túnel Emisor para expulsar las aguas negras hacia el norte.

Así llegamos al siglo XXI. Donde había un gran lago ahora se encuentra —según Mike Davis— la ciudad miseria (*slum*) más grande del mundo, conformada por las colonias populares de ciudad Neza, Iztapalapa, Chimalhuacán y Chalco. Habría que matizar esta afirmación y reconocer el trabajo de los 5 millones de habitantes que poblaron esta zona a lo largo del siglo XX, que construyeron espacios de vida con su propio esfuerzo, sin pedirle nada a los bancos. De hecho, se estima que 70% de las viviendas de nuestra ciudad fueron construidas por la propia gente.

Es precisamente esta capacidad de construir su vivienda y de producir ciudad sin necesidad de pasar por los circuitos del mercado financiero, lo que está en juego en la fase neoliberal actual: el capital pretende adueñarse del esfuerzo económico de todos los habitantes, incluso de los más pobres, y de todo lo que implica hacerse de una vivienda, incluyendo el conocimiento práctico de la albañilería popular. En esta fase, lo que está en juego es el territorio de los pueblos originarios que, como vemos, son los que han recibido la expansión de la mancha urbana.

Ahora bien, si nos concentramos en la dinámica poblacional de la primera década de este siglo, vemos dos tendencias sobre las cuales quisiera hablar en los siguientes minutos: la urbanización salvaje en lugares cada vez más alejados de las zonas de trabajo y por otra parte, el repoblamiento de las áreas centrales con habitantes de más altos ingresos.

## 1. Urbanización salvaje

En el mapa, los círculos son proporcionales al total de habitantes de cada delegación y municipio de la ZMVM: Iztapalapa y Ecatepec son los más importantes, en cada uno viven cerca de 2 millones de personas. Los tonos amarillos a rojos indican tasas de crecimiento poblacional positivos, mientras que los azules muestran valores negativos. Es el caso de Ciudad Nezahualcóyotl, que dejó de ser una ciudad miseria hace tiempo; se consolidó, y ahora expulsa a sus jóvenes hacia Chimalhuacán o Chicoloapan, donde el precio del suelo es más accesible. Lo mismo ocurre en Tlanepantla y Naucalpan.

En los municipios que aquí vemos en rojo vivo y en anaranjado, Huehuetoca, Acolman, Nicolás Romero, Texcoco, Chalco, Tecámac y Zumpango, es donde han proliferado los tristemente célebres conjuntos urbanos y las ciudades bicentenario de Enrique Peña Nieto. En tan solo 10 años, estos desarrollos inmobiliarios cubrieron 8% de la superficie municipal de Tultepec, Cuautitlán, Huehuetoca, Chicoloapan y Atizapán. En Zumpango, la superficie absorbida tan solo por Casas GEO equivale a 1 800 campos de fútbol (1 100 hectáreas). El caso más alarmante es el de Tecámac, donde las empresas Sadasi, Urbi y GEO se repartieron 10.7% de la superficie del gigantesco municipio.

El estudio que realizamos a partir de la Gaceta Oficial del Estado de México, revela que entre 1999 y 2011 se construyeron 560 mil casas de este tipo en 256 conjuntos urbanos autorizados por el Congreso local. El territorio conquistado por las inmobiliarias, tan solo en los municipios conurbados, abarcan una superficie total de 96 km<sup>2</sup>, lo equivalente a la delegación Gustavo A. Madero, y tienen una capacidad para albergar a 2.5 millones de habitantes. Los más afectados por el cambio de uso de suelo son Tecámac, Zumpango, Huehuetoca, donde el entonces gobernador del estado, EPN, impulsó las llamadas “Ciudades Bicentenario”.

Desde luego, estas nuevas ciudades miseria en donde los habitantes ni siquiera son dueños de sus viviendas hasta que terminen de pagar sus hipotecas, no responden a una demanda del mercado. Por un lado, es cierto que las instituciones crediticias y el capital especulativo en busca de piso se encargaron de producir cierta demanda, orientando a los derechohabientes del FOVISTE y el INFONAVIT hacia estos productos chatarra. Pero por otro lado, la sobreoferta generada revela la sicosis del capitalismo financiero que evocaba Sergio. Miles de viviendas están actualmente abandonadas –4 o 5 millones en todo el país– y los que cayeron en la trampa se enfrentan a la inseguridad y a la lejanía de las zonas de empleo.

¿Quiénes son los habitantes de estos conjuntos urbanos? Se trata en su mayoría de familias pobres que cuentan con un sólo miembro afiliado al INFONAVIT. En 2004, por ejemplo, sabemos que 75% de los derechohabientes del Distrito Federal ejercieron su crédito en el Estado de México. Muchas otras familias abandonaron las colonias populares construidas por sus padres en la periferia del DF en busca de un mejor futuro, atraídas por la promesa de vivir en nuevas colonias autosuficientes dotadas con servicios urbanos modernos. Sin embargo, en vez de

introducir escuelas, parques y clínicas como lo indica la ley, las inmobiliarias ocupan hasta el último resquicio con tres o cuatro modelos de casas, todas de pésima calidad.

Tomemos un ejemplo. El conjunto ubicado en San Francisco Tepojaco, municipio de Cuautitlán Izcalli, fue autorizado en terrenos que presentan inestabilidad del suelo, lo que provoca hundimientos y agrietamientos en las viviendas. Siendo que éstas se entregan con una garantía no mayor a 6 meses, los habitantes deben solventar la reparación de vicios ocultos, de tuberías de PVC dañadas, de infiltraciones de agua e incluso la repavimentación de calles. El conjunto está rodeado por dos basureros que crecieron a raíz de la clausura del bordo de Xochiaca. Hoy se registran enfermedades respiratorias, gastrointestinales, alergias, infecciones en la piel, entre otros males, y a pesar de que el conjunto cuenta con 18 mil casas y 45 mil habitantes, no existe infraestructura médica básica. Este es solo un botón de muestra de lo que se vive en la periferia.

## 2. La reconquista del centro

Decía que paralelamente a la urbanización salvaje se observa un repoblamiento de las áreas centrales del Distrito Federal con habitantes de más altos ingresos. Durante el recorrido de la Otra Campaña por Tepito y La Merced, el delegado cero advertía: «Los ricos ya tienen el Centro Histórico y van a empezar a crecer y a crecer. Lo que ellos quieren es nada más ver gente limpia, que huelga bien, bien vestida en sus tiendas. Y la gente de abajo no le importa si se tiene que ir a Estados Unidos o se tiene que ir a la chingada».

Entre 2008 y 2014, tuve la oportunidad de hacer una tesis sobre este tema y quisiera aprovechar el momento para mostrarles algunos resultados. En el mapa vemos los perímetros A y B del Centro Histórico, que corresponden *grosso modo* al territorio que alguna vez ocuparon la *traza española* y las *parcialidades* o repúblicas de Indios a donde fueron relegados los mexicas durante el periodo colonial. La *traza* sintetiza los fundamentos del proyecto “civilizatorio” que se impuso en toda Iberoamérica: el **principio de exclusión** entre invasores y naturales y la necesidad de mantener el **control policiaco-militar** sobre una población y una región altamente belicosa.

Estos principios se mantuvieron vigentes hasta que los primeros liberales impulsaron anularon las pocas conquistas indígenas, en particular el reconocimiento del derecho colectivo de las comunidades a gestionar sus tierras. La Ley de 1856 sobre la *Desamortización de Fincas de las Corporaciones Civiles y Eclesiásticas*, mejor conocida como Ley Lerdo, no sólo afectó a la Iglesia, que era dueña del 50% de la propiedad urbana; también abrió el camino a la lotificación de las *parcialidades* indígenas, es decir, a la primera ola de expansión capitalista de la Ciudad de México sobre sus periferias populares. Así surgieron las colonias Morelos, Guerrero y Buenavista.

Ahora bien, lo interesante es que el proyecto de reconquista del Centro Histórico que emprendieron López Obrador y Carlos Slim en 2001, reproduce esquemas de segregación heredados de la colonia. En el mapa, vemos que los predios cedidos a las empresas del Grupo Carso se ubican en el corredor Zócalo-Alameda, que por cuestiones geoestratégicas se mantuvo

en manos de los europeos por varios siglos: en caso de revuelta, ésta era la única ruta de escape que conectaba a la isla con la tierra firme (por ahí escaparon las tropas de Alvarado).

La estrategia de reconquista actual es igualmente perversa que la primera. A nombre de la civilización —pensemos en la ley de Cultura Cívica de 2004 que criminaliza las actividades de infra-subsistencia— el gran capital avanza con bandera de filantropía. Por un lado, las fundaciones de Carlos Slim abren espacios culturales y atraen a cientos de jóvenes artistas que sirven como carne de cañón en el proceso de pacificación de calles como Regina y San Jerónimo. Por el otro lado, las empresas inmobiliarias del magnate cosechan la revalorización del suelo producto de esta dinámica. Por su parte, el gobierno que se dice de izquierda ni siquiera ha sido capaz de inventar mecanismos financieros para evitar que la inversión pública que realiza en obras peatonales y mejoras de escenografía, termine en los bolsillos del gran capital. Por lo contrario, se ha dedicado a destruir la economía de los mercados públicos, abriendo el camino a los centros comerciales y las tiendas Oxxo.

Frente a esta avanzada, han surgido diversas expresiones de resistencia, unas más corporativas que otras. Los dirigentes del ambulante afines al gobierno, que se asimilan en muchos aspectos al patronato despótico y explotador, han conseguido importantes concesiones en plazas privadas e incluso en algunas calles del oriente del centro. Por su parte, toreros independientes, diablos, franeleros y jóvenes en situación de calle, sufren represión y extorsión por parte de la policía capitalina. Finalmente, muchos habitantes del centro, que durante años defendieron sus vecindades frente a proyectos modernizadores tipo Tlatelolco, se ven amenazados —ya no por los buldóceres— sino por el poder notarial de las empresas inmobiliarias que florecen en el ramo del patrimonio histórico. Al ser edificios antiguos, muchos habitantes no disponen de títulos de propiedad. Cuando se ven presionados, recurren como hace 28 años a las organizaciones del MUP. No me voy a detener sobre los atinos y desatinos de los líderes de estas organizaciones. El hecho es que su presencia en este semicírculo que va de Tepito a la antigua Merced, revela el llamado de auxilio de cientos, tal vez miles de familias, que arriesgan con perder su techo y su trabajo. (Me van a preguntar cómo mapee esto: ubicar banderas, oxxos, entrevistas).

El MUP ha dejado las propuestas revolucionarias concretas que llegó a generar en los ochenta. Si buscamos nuevas perspectivas para el centro de la ciudad valdría la pena retomar en serio a Henri Lefebvre, no solo como moda académica. El autor de *La Revolución urbana*, plantea la necesidad de transformar la estructura de la propiedad en el corazón del sistema capitalista, entregando los medios de producción y de reproducción —para empezar las viviendas— a los habitantes de la ciudad. Siguiendo al filósofo francés, hay que reconocer la importancia de la centralidad en los procesos sociales (ahí están los caracoles) y replantear por completo el sistema. «No hay lugar para el esparcimiento —decía— el festejo, el saber, la invención o la creación, si no hay centralidad. Pero mientras persistan las relaciones de producción y de propiedad actuales, la centralidad seguirá sirviendo a quienes utilizan y se sirven de esas relaciones para dominar al resto. En el mejor de los casos la centralidad será elitista, en el peor de los casos será militar y policiaca».

### **Conclusiones: el territorio como factor de resistencia**

En esencia, la ciudad es una manifestación de la capacidad transformadora del capitalismo, la cual no sólo se expresa en los opulentos edificios del Paseo de la Reforma, Santa Fe y Nuevo Polanco, sino en todo lo que implica el proceso de urbanización: concentración de fuerzas productivas; despojo y control sobre los recursos naturales de las regiones periféricas; migraciones campo-ciudad; generación de dependencia de las poblaciones urbanas hacia el sistema económico vigente. En dos palabras, el capitalismo crea y destruye. Crea tantas necesidades como nuevos mercados que las satisfagan. Algunas veces se destruye a sí mismo para regenerarse, como los centros que abandonó y ahora recupera, pero las más de la veces destruye formas de vida y territorios ancestrales.

Efectivamente, el destino de los pueblos milenarios del Anáhuac es más incierto que nunca. La puesta en marcha del “macro-circuito de agua potable” que pretende incorporar los sistemas locales al sistema Cutzamala, implica la destrucción de instituciones comunitarias y el saqueo de sus pozos. Desde San Pablo Atlazalpan, municipio de Chalco, hasta Coyotepec, los organismos comunitarios de gestión del agua se enfrentan a poderosos intereses que son incapaces de comprender la relación de los pueblos con sus territorios. Los dueños del dinero sólo esperan la municipalización de estos organismos para después privatizarlos. Sólo piensan en obtener mayores ganancias a menor inversión, así cueste la vida de los que resisten. Apenas el 19 de abril, José Isabel Cervantes Ángeles, defensor del agua de Coyotepec, fue hallado asesinado con huellas de tortura al interior de un pozo.

Para los “desarrolladores”, nuestro Anáhuac es un espacio virgen donde pueden crear tantas ciudades dormitorio como basureros a cielo abierto que infiltran sus lixiviados en lo profundo de la tierra. Ahí están el “relleno sanitario” de Tepetlaoxtoc y el basurero nuclear de Temascalapa, por nombrar los casos que han suscitado mayor resistencia. Ahí está la lucha de Atenco frente al Nuevo Aeropuerto que pretende culminar la obra desecadora emprendida por el imperialismo español hace cinco siglos. Ahí están los grupos como Antorcha Campesina que realizan labores de choque y atemorizan a la población.

A pesar de todo y contra todo, los pueblos resisten. En San Pablo Tecalco y Tecámac, los comités de agua potable no han dejado de dar batalla desde 2005, cuando el gobierno intentó municipalizar el servicio. Y no sólo se trata de defender el líquido. A la fecha, estos pueblos guardianes del Cerro de Chiconautla, repelen la construcción de 16 500 viviendas por parte de SADASI en un polígono de 274 hectáreas. De igual modo, los ejidatarios de Apaxco han logrado contener la devastación del Cerro de la Mesa Ahumada a manos de grupo Ara. En Cahuacán, municipio de Nicolás Romero, los habitantes comienzan a organizarse contra el despojo de cerca de 2 400 hectáreas de bosque y ejido, donde los poderosos pretenden construir la autopista Atizapán-Atlacomulco y un complejo llamado “El Retiro”, que cuenta con club de golf y desarrollos inmobiliarios. En Xochimilco, se sigue defendiendo al Cerro de Xochitepec frente a los intereses de la empresa Tepepan Country Club que pretende construir 86 residencias y un

club deportivo para los ricos sobre el área de conservación ambiental. En todo el DF, proliferan los movimientos contra megaproyectos y ahora, contra las llamadas Zonas de Desarrollo Económico y Social, ZODES.

Sobran luchas en defensa del territorio en el Valle de México, pero no es fácil articularlas. ¿Qué tienen en común las luchas de San Francisco Xochicuautla y Magu contra la Autopista Naucalpan-Toluca, la de los pueblos de Santa Fe y la de los habitantes de Xochimilco e Iztapalapa contra la Autopista Urbana Oriente? Todas luchan contra megaproyectos carreteros que lejos de servir a las mayorías, ofrecen a los poderosos modernas vías de comunicación que pasan literalmente por encima de la gente. Luchan contra un desarrollo arrollador que carece de todo sustento ético y científico. Según datos de la UCCS, del 2003 al 2005 se invirtieron 7,800 millones de pesos para ampliar vialidades, pero el promedio de velocidad del auto bajó de 28 a 21 km/h. Que no quede duda: el capitalismo es tan irracional como destructivo.

Y si no nos queda duda, ¿qué nos queda? ¿Qué hacer?

Primero, tenemos que imaginar nuevas formas de vivir en comunidad y pensar cooperativas de vivienda que le arranquen a las empresas inmobiliarias la propiedad privada para convertirla en propiedad colectiva. En la Ciudad de México, la imposición de la casa propia como única perspectiva, tanto de urbanistas como de dirigentes sociales, nos lleva ineludiblemente hacia el modelo de ciudad elitista y policiaco sobre el cual nos advertía Henri Lefevre.

En segundo lugar, por lo menos en lo que nos respecta como proyecto de comunicación, queremos seguir documentando y difundiendo estas problemáticas que nos lastiman, pero que también nos estimulan para seguir conociendo nuestro territorio. En este sentido quiero cerrar con un antiguo proverbio senegalés que dice más o menos así: «Al final, solo defendemos lo que amamos, pero solo amamos lo que entendemos, y solo podemos entender lo que se nos ha enseñado».